

Alvaro de Laiglesia, en un artículo publicado recientemente en «Semana», correspondiente a la serie «Guíamos al turista» y titulado «El Botones», escribe: «El «botones» ibérico es, sin discusión, el mejor de esta fauna menuda y vivaracha. Nuestro «botones» nativo, no solo está dispuesto a salir zumbando con el encargo que le hagamos, sino que nos sugiere continuamente ideas para encargos que no se nos habían ocurrido. ¿Le busco un taxi? propone al turista despistado, que deambula por la ciudad a la caza de monumentos visitables.» «El turista pensaba meterse en uno de esos museos donde matamos el tedio aplustándolo con un tedio mucho mayor. Pero acepta el vehículo, aunque luego no sepa que demonios hacer con él» ¡Bien, hombre, bien! Vamos a reflexionar algo sobre eso del tedio en los museos. Pero permitásenos antes algunas consideraciones de carácter general.

La palabra *tedio*, según el diccionario, significa: repugnancia, fastidio o molestia. De ella se forman el verbo *tediar* aborrecer, abominar alguna cosa —y el adjetivo *tedioso*— fastidioso, enfadoso o molesto.

Sinónimo de *tedio* es *aburrimiento*, que se define por *tedio*, *fastidio* o *abandono originado por disgustos o molestias*.

Sabemos todos perfectamente que lo contrario del *aburrimiento* es *la diversión*.

La palabra *diversión* —recreo, pasatiempo, solaz— se deriva de *diversos*, esto es, varios, muchos.

Y para terminar ya con tan tediosas digresiones gramaticales, vaya la siguiente anécdota: Deseo un día de saber como era y en que consistía eso de las carreras de galgos, fuíme a uno de esos «canódromos» donde tal deporte o espectáculo se practica, y me encontré allí con un amigo. ¿Afanado a las carreras? le pregunté luego del obligado saludo. «Nada de eso, ni mucho menos» contestóme jovial y decidido. «Lo que sucede es que así como a ciertos enfermos los médicos les aconsejan el «cambio de aires», he notado que lo que a mi me sienta muy bien es el «cambio de aburrimientos».

Diga lo que diga el señor Alvaro de Laiglesia, no se pasa tan mal en los museos como para que la estancia en ellos se convierta en un *tedio aplastante*. Y menos razón tiene afirmar cosa semejante, no habiendo ningún precepto ni reglamento que le obligue a uno a permanecer allí más o menos tiempo. Aquel que se para y entretiene en las salas, bien

será por encontrar en ellas algo que le agrade, interese o distraiga.

No obstante, hay que confesar que la reiterada visita a ciertos museos se hace algo pesada algunas veces. Ya Rusiñol en su libro «Impresiones de Arte» nos habló de «el mal de museo»: «No sabemos porqué, pero empezábamos a sentir «el mal de obra maestra», un deseo de ir a meditar en la soledad lo mucho que llevábamos almacenado en la memoria, los recuerdos de cosas vistas, embutidos y apretados en el cráneo como en latas las sardinas»

La contemplación de tanta y tanta obra maestra, realmente anonada; y más al artista, al profesional, que no siempre está de acuerdo con las tendencias y los estilos de los grandes genios: ¿no hubo pues en cierta ocasión, un poeta famoso que en trance de muerte quiso hacer a un su íntimo amigo la confidencia que, cohibido por el medio ambiente, nunca se atrevió a hacer en su vida, confesándole que le fastidiaba el Dante?

En cambio, los pequeños museos provinciales, y los de los pueblos y villas, no suelen producir tan deprimentes efectos. Su visita es breve, y no da lugar al cansancio. Al llegar a ellos, no está ya uno sobrecargado de sublimes sensaciones, como puede suceder a los que visitan los grandes museos de

Nápoles, Florencia o Roma. Al pequeño museo del pueblo se llega todavía lleno de los aires de la playa o del monte. Son unos cuantos turistas que lo visitan, porque leyeron en una «guía» que le había, y no quieren dejar nada por ver; o unos cuantos jóvenes de ambos sexos, de la «colonia veraniega» que con sus risas y ocurrencias amenizan el acto.

Las visitas son rápidas, y el tedio apenas tiene tiempo ni de insinuarse. Y si lo tuviere —pues no siempre son apreciados en su justo valor unos documentos ininteligibles que allí se exhiben, o una colección de rotos cacharros reconstruidos, pero con más yeso que cacharro— se desvanecerá enseguida al recibir la grata sorpresa de las salas últimas, en las que acaso se muestre una variada colección de pinturas cubistas, y contemplar allí cosas tan divertidas como el «Violinista volador» de Mare Chagall, y otras policromas fantasías muy recomendables por sus efectos tónicos y reconfortantes.

Si al Sr. Alvaro de Laiglesia le parece bien esta solución, puede proponerla para toda clase de museos. Todo menos el propagar, para que se enteren en todas partes, perjudicando nuestro prestigio y también los intereses turísticos nacionales, que en nuestros museos no cabe ir a buscar más que «un tedio aplastante».

Aunque respecto al particular, quizás sea también oportuno recordar aquella frase del insigne rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno: «Para que una persona se aburra, es necesario que sea burra».

ARTEMIO

LAS SIETE CARACOLAS

Siete caracolas me regalaron en presente humilde y devoto.

Vaciadas de vida largos años ha, allá en tierras antillanas, arribaron a nuestras costas sobre velero blanco —caprichos de una niña enferma, enferma de soledades— y entre manos marineras, que sólo de tarde en tarde rozaban olvidadizas una casa y un regazo, siempre sobre las olas, siempre en un puerto extraño.

—¿Qué le traeré a mi niña para su triste añoranza?

Y el marino eligió sus caracolas; las más finas, las más pintadas...

Los corales que en otros viajes trajera de los fondos más ocultos y un amasijo de peches, taclobes de Filipinas, guaruras americanas, veneruelas de Galicia y casidulinas mediterráneas, quedaron arrinconados ante el gozo de la niña por sus siete caracolas tan suaves y delicadas. Esparcidas en su cama parecían tortuguitas, sin el horror de su piel escamosa y seca ni su andar deshilvanado.

La llegada fué alborozo; mezcla de risas y lágrimas, porque el que arribó ya partía al cabo de una semana.

Y las siete caracolas, impelutas, nacaradas, guardaron la nueva ausencia que no llegó nunca a agotarse.

El padre quedó en el mar y un odio contra el mar en la casa. Pero el canto de las olas que mecieron tanto viaje, aun resuena en las caracolas secretos de eternidades, y unos rizos blancos de espuma prendieron en los cabellos de la que fué niña

y hoy es anciana.

Sola, sin parientes, viejecita y arrugada, vive entre recuerdos y sin odios, de océanos y mares, de atolones y de playas.

Y por saber yo su historia, por haberla yo escuchado tantas y tantas veces, me dió un día, agradecida, sus bonitas caracolas, su tesoro más preciado.

Siete caracolas redondas, punteadas de pardo y blanco, lisas y brillantes, de dorso abultado y un tajo como de sonrisa sobre su vientre de nácar, hablan a gritos, calladas, de misterios y de encantos.

Comunican tibieza a la mano, atisbo de galernas al oído, a los ojos, ilusión de joyas de Carey fino y al pensamiento, fuerza de alas, soplos de brisa y un botín entre las jarcias.

¡Y son siete...!

El cronista tiene su pequeña superstición. Para él, los siete son números pre-marcados, hechos de estridencias, desesperados, o alegres, felices o desgraciados; nunca anodinos, jamás grises, siempre con el signo de una crueldad o un milagro.

¡Por eso, se apreció más el regalo...!

Las siete caracolas lucen, ahora, en privilegiada vitrina, sus reflejos nacarados. Y tientan a poseerlas, pues se le pide al cronista que las dé, que las regale.

—¡Sólo una!

¿Cómo puede el escritor confesar su espanto de mutilar su rebaño?

Siete caracolas le dieron, siete han de ser como augurio o como plazo; como lo fueron, acaso, para el marino que, al cabo de siete años de traer tan linda yapa, supo morir en el mar junto a un velero escorado

L. D'ANDRAITX



Sr. Director de ANCORA

El otro día, en el programa más monumental de todos los tiempos—como así rezaba el título del que nos ocupa—leí una, dos, tres y cuantas veces en derecho sea menester—como diría el escribano—la siguiente frase:

«La más deslumbrante superproducción en glorioso tectónico».

¿Se puede saber, señor Director, a donde iremos a parar si no se pone coto a esta serie de adjetivos?

Un paso más, y será menester crear un nuevo cuerpo de inspectores para tantos adjetivos al margen de la tasa.

Suyo afmo.

DANIEL

COSES DEL NOSTRE PASSEIG

No és mentida i és veritat, perquè això s'ha comprovat, que en el famós Sant Feliu es passeja hivern i istiu. Més s'ha de fer menció que aquesta alegre ciutat té en el passeig el millor, doncs, no li manca extensió i además que té adherit un terraplè molt bonic; per això sentiràs dir que si a Sant Feliu t'en vas pel passeig passejaràs. I tothom que això vol fer pel Passeig del Mar va i vé.

El passeig està format per tres vies paral·leles, una més ample al bell mig i les altres al costat, llarg de riera a riera passant sempre a la vorera del terraplè i de la platja, per això s'ha anomenat el formós Passeig del Mar. N'hi ha quatre rengles d'arbres que l'omplen de llarg a llarg, que com que no són molt grossos el sol cau de bat a bat; a l'hivern és una estufa però a l'istiu és molt pesat. Ja n'hi havien de més grossos i recordo que d'un cop es van veure fets a trossos, i sens fer-los cap martiri van anar al cementiri. Es va fer córrer la bola que tenien la verola, no sabem que va passar, la qüestió és que els van tallar; igual com han fet amb altres que estaven al passeig Rius, fent-lo així inaccessible per passejar-hi els istius. I ja deixarem per ara la qüestió de l'arbolat, doncs, n'esterien de contents si els tinguessin com nosaltres una veïna ciutat.

També ha d'ésser mencionat que a n'aquest passeig tan bo, alguns dies fa il·lusió veure'l tan ben alfombrat, però no són alfombres no, a l'apropar-s'hi es veu clar, que es tracte d'un pescador que la xarxa té a se-

car, encara que tenen seny, doncs, sempre hi solen deixar-hi un estret corriol per passejar-hi la gent.

De la qüestió de vehicles també s'en pot parlar molt, doncs, per no fer un petit vol, pel mig passen sense por tan si es tracte d'un turisme com d'un grossàs camió. Sols a algun ciclista que el passeig ha atravesat, el municipal el crida per fer-li pagar la multa que sols a ell ha tocat.

Deixarem de criticar i trovar coses mal fetes que tothom es pot errar sense fer-ne malifetes. Però hem de fer ressaltar l'importància del passeig; Què seria Sant Feliu sense aquest tan gròs safareig!

No anirem a relatar el que passa entre setmana en aquest Passeig ditzós sols direm que si un diumenge a las dotze del mati fa aquell sol que enamora hasta al més tossut fadri, tothom surt a passejar-se fent competència en lluir.

Sols dos enemics hi ha a n'aquest formós passeig, el garbí, la tramontana i amb poca escala el llebeig.

Si algun diumenge al mati al llevar-te fa garbí, és millor donar la volta i aquell dia no sortir. I si en comptes d'aquest vent sent bufar la tramontana, és millor quedar-se a casa per conservar-ne la gana.

Tot això que s'ha explicat no hi ha dubte que n'és cert i si no ho troven sincer es perquè s'ha exagerat.

JORDI MARCÓ I LEONART